

¡ESCUCHA, PEQUEÑO HOMBRE!
Wilhelm Reich o el drama político de nuestro siglo

Julio Seoane

Aunque algunos predicen ya la caída del telón de la Historia, lo cierto es que la representación del drama político de nuestro siglo no cuenta todavía con los aplausos de los espectadores. Y Wilhelm Reich es un digno ejemplar de ese drama: socialdemócrata en Austria, comunista en Alemania y demócrata en Norteamérica. Sin embargo, su drama no puede interpretarse como el de un tráfuga de la transición, sino como una ruptura continua: psicoanalista pero expulsado de la asociación, comunista pero separado del partido, demócrata antifascista pero muere de un infarto en una cárcel americana acusado de fraude económico.

Y mientras interpretaba los diversos papeles políticos de Occidente, tuvo la suficiente energía intelectual como para plantearse la divergencia entre las condiciones sociales de la existencia, por una parte, y la conciencia psicológica de dicha condición, por otra; la crisis económica de los años 1929-32 no reforzó los votos de la izquierda, sino que desarrolló una aplastante mayoría de la derecha fascista. El factor subjetivo de la Historia o psicología política, según su terminología, no coincide mecánicamente con las condiciones socio-económicas; y sin embargo, casi sesenta años después de sus planteamientos, nos seguimos sorprendiendo de las discrepancias entre las encuestas y sondeos electorales de los países en crisis (Nicaragua, Alemania oriental, Hungría, etc.) y sus resultados electorales.

Irracionalismo político

Puede que la sociedad actual conceda poca importancia a la represión sexual en la actividad política, pero la crítica de Reich al racionalismo político sigue teniendo actualidad. No podemos olvidar que ya en 1908 Graham Wallas argumentaba a sus discípulos de la London School of Economics sobre la importancia del irracionalismo en la vida política, y Harold Lasswell –con frecuencia reconocido como el padre de la psicología política– mantenía en 1930 que la actividad política es el resultado del desplazamiento del afecto privado sobre objetos públicos. Y, sin embargo, casi nadie menciona que Wilhelm Reich, al editar en 1934 una revista de psicología política, cuando nadie utilizaba todavía tal denominación, pretendía estudiar cómo los individuos y los colectivos reaccionan frente a los conflictos de su existencia y cómo intentan salir de ellos.

Es necesario adentrarse en la década de los años cincuenta y sesenta para encontrar intelectuales que, con el sentido de la oportunidad histórica, consideren la posibilidad de que la personalidad autoritaria o fascista no es un problema de contenidos o creencias políticas, sino el modo o estilo psicológico de mantener esas creencias; es decir, reciba el nombre de «mentalidad dura» con Hans Eysenck o de «mentalidad cerrada» con Milton Rokeach, lo importante es que puede ser tanto de derechas como de izquierdas; nace así la justificación psicológica del fascismo comunista. Pero Reich ya había interpretado ese papel al hablar del fascismo negro y del fascismo rojo; «el comunismo –dice Reich– no es un partido político como los demás, es una

plaga emocional organizada y armada política y militarmente», adelantándose así a las modas, opiniones e intereses de nuestros días. Al margen de consideraciones académicas, cada día que transcurre resulta más sugestiva la idea de que el drama político de Reich representa el drama de nuestro siglo. El de Reich tuvo su final, la cárcel por fraude económico; su debate político, que había comenzado en Europa, se disolvió en los tribunales de justicia americanos. ¿Será ese también el destino de la política de los noventa?